

Me gustaría que este artífice de las pequeñas cosas y gusto atildado, que es José Anglada, construyera para cuando se celebre el Milenario, una serie de sus estupendos dioramas grafiando las varias etapas que suman los mil años de la Ciudad.

Entre las múltiples y heterogeneas participaciones, que indudablemente tendrá la incansable actividad del amigo Anglada en la celebración de tal fiesta, la confección de estos dioramas, seguramente sería una de las más apreciadas por todo el mundo.

Dado el buen gusto y la destreza que Anglada tiene para tales creaciones, el montaje de seis o siete cuadros que subrayaran los momentos culminantes que han ido jalonando la historia guixolense hasta nuestros días, podrían convertirse en pieza de museo.

Podrían ser unos cuadros, en los cuales al artista le sería dado entregarse a la fantasía más exaltada, controlada naturalmente por el imperativo de la exactitud histórica en lo primordial, pudiendo ser por parte del expectador, además de motivo de goce artístico, pretexto para hondas reflexiones.

Si yo tuviera poder bastante para influir en la voluntad de Anglada, le induciría a montar esos dioramas según los siguientes lemas.

GESTACIÓN. El primer diorama debería corresponder a aquel día impreciso en la historia, en que una nave fenicia o griega cualquiera, por curiosidad o por casualidad tal vez, estableció contacto con los indígenas, estableciendo el primer jalón para la sucesión de capítulos de nuestra historia.

Titularía el segundo diorama con el lema **ALUMBRAMIENTO.**—En la parte de poniente de nuestra rada, unos benedictinos, mitad evangelistas, mitad colonizadores, levantan los toscos muros del monasterio guixolense, plantando el hito que motiva la efemérides del Milenario y haciendo que la vida guixolense entre de lleno en las páginas de la historia.

Seguiría la **INFANCIA** de la villa. La bahía guixolense aparece animada por los preparativos de la expedición a Mallorca. El muy alto Rey Don Jaime I, ha solicitado el concurso del Abad guixolense para la empresa mallorquina, y éste ha abierto banderín de enganche. La mocería del pueblo ha respuesto entusiasmada y ambiciosa de

acción. Se arman unas galeras y se encuadran unas mesnadas, que allí, en la Isla Dorada, pondrán muy alto el pabellón guixolense.

Después de largos siglos en los que San Feliu ha ido vegetando entre decadencia, guerras y raquitismo, en el siglo XVIII la villa se estremece al impulso de una savia nueva. Es la **JUVENTUD**. El muy noble Rey Don Carlos III ha levantado la prohibición que pesaba sobre Cataluña de comerciar con América. Nuestra playa se anima con el tráfico comercial. El repique de los calafates, es el ritornel, lo del himno de trabajo de nuestros astilleros. La villa pega un estirón fuera de sus primitivas murallas y se construyen el Arrabal y las calles de Gerona, Algavira, Cruz y Sto. Domingo, habitadas por una incipiente burguesía nacida al socaire del comercio que anima a la villa.

Restañadas las heridas de la guerra de los franceses, San Feliu se apresta a reemprender su vida. Los acontecimientos pero, la colocan ante una crisis. El comercio con Ultramar ha sufrido un quiebro con la independencia de Sud América. La villa titubea, no sabe cual es el camino de su futuro. Afortunadamente, la paz que disfruta Europa después de Viena, es una paz con ramos de rosas y burbujas de champán, ese champán que debe taponarse con tapones de corcho, del corcho catalán de nuestras montañas. San Feliu ya tiene su ruta. Proveerá, durante cerca de un siglo, a todo el mundo con el corcho cilindrado por los hábiles dedos de sus hijos. Durante esta etapa alcanzará su **PLENITUD**.

Extenderá su edificación por todo el ámbito de su geografía, desde el llano de Tueda a las Colinas del Puig, Comal del Infern y el Molí de Vent. No le entorpecerán las fortificaciones de ocasión que se levanten durante las guerras civiles. Crecerá en cuadrícula tumultosamente y en plan utilitario, barajando casitas de planta baja con fábricas de dos pisos, pero al mismo tiempo, plantará el Paseo y la Rambla y construirá una serie de casas burguesas sin estilo determinado, pero de noble empaque y alta tradición constructiva, que le darán su actual tono señorial.

Consolida una burguesía y organiza un proletariado, cuyas pugnas no le restarán arrestos para la construcción de un ferrocarril y un puerto. El Rey Don Alfonso XIII le concederá el título de Ciudad.